

Hernán Rodríguez Villegas

Tres Esquinas

Cada vez que se reúnen santiaguinos, su tema recurrente es criticar la ciudad. Literalmente, no saben a dónde irá a parar.

Asombra descubrir cuánto sabe y opina el vecino común y corriente sobre locomoción, parque automovilístico, restricción, contaminación, rasantes, ordenanzas, comercio establecido y del otro, condominios, malls y shoppings.

Poco saben, sin embargo, de crónicas e historia, ni parecen sentir arraigo por el carácter o poesía de barrios, calles y casas.

Se trata a la ciudad como asunto funcional e inmediato, crudamente objetivo. Poca alma. Poco pasado. Muy poco futuro. Por eso estusiasma cuando hay motivo para contar cosas, para querer a Santiago. Más si es en el centro.

A propósito de una esquina, o tres esquinas, en Santo Domingo y Mac-Iver.

En una se levanta con dignidad la roja casa colonial de balcón corrido, pilar de esquina y portada que sirve de sede a las oficinas del Senado de la República.

Fue de la Compañía de Electricidad y ahí vivió Mr. Cussen; a principios de siglo, los hermanos Velasco; durante la Independencia, el ministro Rodríguez Aldea y,

antes, muchas familias desde el siglo XVI.

En otra esquina está la Primera Comisaría de Carabineros.

En esa casa nació, vivió y murió el Presidente Ramón Barros Luco. La heredó de sus abuelos y la legó, con toda su fortuna, a la beneficencia.

La tercera esquina es la que motiva el entusiasmo. Hasta hace poco fue el Colegio Rosa de Santiago Concha, antigua Universidad de Niñas que tuvo entre sus profesores a Abdón Cifuentes y a Ignacio Domeyko. Antes había sido casa de doña Rosa Concha y de su marido Pedro Fernández, donde nacieron sus hijos.

Los hermanos Fernández Concha fueron famosos por lo que dieron más que por lo que tuvieron. La Universidad Católica, el Partido Conservador, la Casa del Pueblo, la Unión Central de Obreros, la congregación del Buen Pastor. Regalaron su casa para fundar un colegio con el nombre de su madre y al lado construyeron una iglesia en honor al santo patrono de su padre. Ricos de otro tiempo, con otros modelos.

La iglesia de San Pedro se la encargaron a todo costo al arquitecto Emilio Doyere. La inició en 1890, inspirado en la

Sainte Chapelle de París. Pronto tendrá un siglo.

Cuando cumplió un siglo el Colegio Rosa de Santiago Concha en 1983, sus alumnas cantaron premonitoriamente "Cien años de siembra de Ciencia y Virtud, cien años no mueren... un siglo se cierra, para que otro luzca nueva plenitud".

La vieja casa de los Fernández Concha se ha restaurado para acoger nuevos estudiantes. La Universidad Mayor la eligió para sede de su Escuela de Arquitectura.

Futuros arquitectos podrán aprender la mejor lección, la más permanente, en los muros y patios de la vieja casa, en el perfil de la torre de San Pedro.

Lecciones permanentes. Se necesita que los próximos vecinos y concejales conozcan su ciudad y por eso la quieran.

Que las nuevas generaciones entiendan que historia no es sólo libros eruditos; arquitectura no es concreto brutal y muro espejo; ciudad no es dispersión y muchedumbre anónima; vida no es acto televisivo y consumista.

En una esquina del centro de Santiago se abren puertas viejas a mundos nuevos.

Hay que seguir abriéndolas.